

No se adjudica.

Premio de *un objeto de arte* ofrecido por varios socios de La Estrella

N.º 263.—Balada.—*Deu la fasi ben casada.*

Premio de *un ramo de azahar de plata* ofrecido por el secretario del Jurado.

N.º 155.—Fábulas.—

Espero
no se culpen mis ficciones,
pues de ranas y ratones
cantó el excelente Homero.
Francisco Nieto Molina.

Premio de *un objeto artístico de bronce* ofrecido por el Consejo de Administración de los ferrocarriles directos de Madrid y Zaragoza á Barcelona.

Desierto.

Premio de *un objeto de arte* ofrecido por la Administración del Santuario de Ntra. Sra. de Misericordia.

Desierto.

Premio de *un cuadro fotocaligráfico* ofrecido por los Sres. Roig y Martínez.

Desierto.

Reus 7 de Abril de 1884.

El Jurado.—Antonio de Bofarull, *presidente*.—Pedro Nolasco Gay.—Mariano Fonts.—Juan Grau Company.—Antonio Soler Clariana.—Eugenio Mata.—Isidoro Frias.—Ricardo Guasch.—José Martí Folguera, *secretario*.

CERTAMEN DEL CENTRO DE LECTURA

En cumplimiento de lo anunciado en la Convocatoria, el domingo próximo, día 20, á las 11 de la mañana, se verificará en una de las salas del Centro de Lectura la sesión preliminar, puramente privada, para proceder á la apertura de los pliegos que contienen los nombres de los autores premiados. A dicha sesión solo tendrán derecho á asistir los individuos de la Junta del Centro, los del Jurado, los autotes premiados y un representante de cada una de las sociedades ofertoras de premio.

Reus 10 de Abril de 1884.—El presidente del CENTRO DE LECTURA, *Casimiro Grau*.—El Secretario de turno, *Conrado Casas*.

LA INGRATITUD DE LOS PUEBLOS

SUELEN los pueblos mostrarse tan ciegos en sus amores, como en sus odios, tan vehementes en

sus entusiasmos, como fríos é inconmovibles cuando en su espíritu hace presa, con razón ó sin ella, el engaño y la decepción. ¡Ay! de aquel que, por vocación ó por cálculo, al bien público se consagra, y en quien la fé en las armonías de lo moral con lo físico, de lo real con lo ideal, es tan viva que no vacila en fiar toda recompensa á incruentos sacrificios personales hechos en favor de la colectividad, al agradecimiento poco consistente y á la voluntad siempre tornadiza de las masas! La historia está llena de ejemplos en demostración de cuan deleznable es esa confianza, y cuan movedizo el terreno en que se asienta esa voluntad. Senda escabrosa es la que conduce á la gloria que el hombre político persigue en estos agitados tiempos y aunque incomparablemente tentadores pueden estimarse los goces con que ella nos brinda, debemos en este caso imitar al sabio que entre el afán por hallar la verdad, y la satisfacción de poseerla, prefería lo primero, temeroso del hastío y del desencanto que á toda posesión acompañan.

La ingratitud de los pueblos respecto de sus bienhechores se explica, sin embargo, reflexionando como generalmente se obtienen los títulos al reconocimiento y á la gratitud de las multitudes. Estas suelen moverse mas por intereses que por ideas puras y en los movimientos que el interés informa hay siempre un fondo de egoísmo que engendra recelos y desconfianzas invencibles. Las masas sobreescitadas aclaman al caudillo de una revolución popular, obedeciendo á un misterioso poder, que los avasalla á un secreto instinto que en determinado momento las arrastra á impensadas resoluciones y á aciertos admirables. Hay mucho de fatal ó providencial en el acto de la elección ó encubramiento del caudillo. Parece que el pueblo obra por inspiración de lo alto, y por esto se dice en estos casos que la voz del pueblo es la voz de Dios. Pasado este momento, realizado el triunfo, viene la realidad poco á poco á tomar asiento en el festín del entusiasmo irreflexivo: las ideas, las puras ideas que encienden las almas en arrebatos capaces de toda abnegación, han de ceder puesto ó sitio á los intereses siempre egoístas: la lucha entre lo justo y lo conveniente empieza y con ella el desencanto de muchas esperanzas y la negación de muchas promesas; los vencidos en la contienda cuya victoria elevó al caudillo popular, toman naturalmente plaza entre los descontentos vistiendo sus mismas armas en el combate; la emulación, la envidia y la calumnia abren camino á la deslealtad, y el campo de la gloria desaparece de en torno la cabeza del héroe, no sin que ya este héroe sienta herida su alma por el desencanto más cruel. Entonces el caudillo se ve precisado entre el papel de tirano ó de víctima.

Generalmente opta por este último. La ingratitud es la manifestación del interés egoísta que razona, que cuenta, pesa y mide: las exaltaciones, los entusiasmos idolátricos, son los efluvios del corazón que siente y ama. Estos son la verdadera voz del pueblo, la voz de Dios en este bajo mundo; aquella es la realidad imponiéndose brutalmente á todas las delectaciones espirituales y enseñándonos que el bien y la verdad son fantasmas engañosos. De aquí que el premio del héroe, suele ser el elogio póstumo. Ante el misterio de la tumba enmudecen todos los egoísmos, y entonces Dios toca de nuevo á los corazones.

Aprendamos á respetar las ruidosas demostraciones de los pueblos en favor de los que á la religión del bien público se consagran, siquiera esas demostraciones salven amenudo los límites de lo conveniente. Harto la naturaleza humana tiende de suyo al egoísmo, y tiene la ingratitud sobrado dominio en las colectividades para que vayamos á fomentar con nimios escrúpulos y rigorismos espartanos, la funesta tendencia á perpetuar en la historia la frase vulgarísima pero exacta que supone ser la crucifixión el pago obligado de todo redentor desprendido y generoso. Si el anhelo de los provechos y satisfacciones que la popularidad y la gloria proporcionan, no avasallara á las almas ¿dónde encontraríamos esos nobles impulsos que, desdeñando comodidades, salud y reposo, arrastran á los profetas, á los reformadores y á los caudillos al incruento sacrificio y á la muerte? Aspirar á que una sociedad se mueva únicamente por el extricto deber, y á que la virtud colectiva, anónima baste dar impulso á los resortes que determinan los avances por el camino del progreso, es una aspiración laudable porque acabaría con encumbramientos peligrosos para la libertad de los pueblos y amenudo ofensivos á la dignidad humana, pero es, al propio tiempo, una aspiración utópica. El hombre tiene ingénitas é irresistibles inclinaciones fetichistas, y el simbolismo no ha encontrado todavía fuera de la estructura humana, líneas y contornos que aviven en la mente del pueblo indocto, idea alguna de virtud y de grandeza. La multitud, á despecho de los filósofos espiritualistas, no acertará nunca á ver las ideas fuera de su forma natural de expresión, no comprendiendo el continente separado del contenido. Todas las religiones véanse obligadas á transigir más ó menos con ese fetichismo para que los conceptos teólogos y las grandes verdades morales lleguen á la inteligencia del pueblo y penetren su corazón. Que esos fetiches así civiles como relegioso, fomentan el fanatismo y arrastran á veces á las masas inconscientes á lamentables extravíos, es por desgracia innegable; pero suprimid

el peligro de esta exageración y caeréis en el opuesto extremo: el escepticismo político y religioso producirán la anemia social. Dejad por otra parte sin recompensa á los tribunos, á los capitanes y á los héroes que inician y realizan toda gran transformación política, ó bien mostradle, el desagradecimiento en lontananza cuando á esta empresa se libran, y se apagará su estro y claudicará su tesón. Oireis, en el primer caso, el *ingrata patria* del ilustre romano, y á Bolívar maldiciendo su propia obra—señales de próxima y mortal decadencia de un pueblo—y en el segundo vereis nacer y desarrollarse aquella funesta previsión que impele al caudillo popular á aprovecharse de la embriaguez del triunfo para erigirse en César y tirano. Recelad del engrandecimiento de Milcíades, aburrios de oír las alabanzas tributadas á Arístides, encadenad al héroe y desterrad al justo y vereis caer la República rendida y humillada á los pies de una oligarquía vergonzosa.

JOSÉ GÜELL Y MERCADER.

RIMA

CUANDO uno es dichoso, muy dichoso,
misterioso arcano
acibara su dicha y alegría
y siente serlo tanto.

Del alma en los abismos insondables
hay un desierto páramo
que no llenan ni dichas ni alegrías
sino el dolor amargo.

ANTONIA OPISSO.

TRAS LO IMPOSIBLE

I

MARIO era un joven de mucho talento y poseía además una sólida instrucción. Había estudiado ciencias y artes, había viajado durante algunos años, era apuesto y rico al mismo tiempo; pero con todo su talento, su instrucción, su gentil figura y su riqueza, no podía librarse de la desdicha.

Ah! si, Mario era infeliz, y todo ¿por qué? porque tenía necesidad de amar, y para amante se había forjado un ideal-mujer, conjunto de todas las perfecciones. Sentía amor hácia algo desconocido y brillante. La juventud le había convertido en ambicioso de gloria y percibía ruido de aplausos que le halagaban desde el misterioso porvenir.

Se imaginaba que allá á lo lejos, en una de las

grandes capitales, existía para él una amante artista, bella, gloriosa, rodeada de esa aureola seductora que forman el triunfo y la superioridad de inteligencia. Pero nunca, se había imaginado que su amante pudiese encontrarse entre la gente sencilla.

No había pensado, por ejemplo, en que Regina era muy digna de su amor.

Regina vivía con su madre y ambas eran vecinas de Mario. Regina poseía esa belleza delicadamente sublime, que no deslumbra en los salones, pero que deja reflejos eternos en el alma del que sabe comprenderla. Mario estaba ciego, mejor dicho, estaba deslumbrado por la imagen de su ideal, y el deslumbramiento le ofuscaba la vista y la inteligencia.

Quizá la misma franqueza con que siempre se habían tratado Mario y Regina, impedía á aquel que sintiese amor por esta. Bien es verdad, no obstante, que esa misma franqueza no había impedido que Regina sintiese amor por Mario. Pero ¡hay tantos misterios en la naturaleza humana!

En una de las tantas visitas que el joven hacía á la joven, esta dijo á aquel.

—Qué te pasa, Mario? me parece que estás mas pensativo que de costumbre.

—Pobre niña! es que me consume un deseo inmenso.

—Cuál?

—Necesito amor, gloria, luz, pero un amor supremo, algo como un destello de la divinidad. Aquí no estoy en mi centro. La vida de este pueblo me fastidia, me mata lentamente.

—Cuál es pues tu centro?

—Todo lo grande. Quiero partir de aquí; quiero vivir en Madrid ó en París; he de ir en busca de lo que me falta. Necesito la agitación, el lujo, la gloria... que se yo! un mundo nuevo que llene el vacío en que me ahogo. Y sobre todo Ella, mi ideal.

—En dónde está? ¿no puedes encontrar aquí una mujer que te haga feliz?

—Pobre Regina! ¿por qué te he hablado de mis aspiraciones? tú no las comprendes.

Y Mario se alejó repentinamente, sin reparar en el llanto que bañaba las mejillas de Regina. Esta, al volver el rostro, encontró á su madre que la recibió en sus brazos.

Entretanto la niña murmuraba sollozando.

—Dios mio! Dios mio! ¿por qué no me habeis dado su talento? ¿por qué me habeis hecho nacer en esta esfera humilde y sencilla? ¿por qué no habeis permitido que yo naciese en la alta esfera á que Mario aspira?! El entonces se hubiere fijado en mí!

Pocos días después Mario volvió á visitar á Regina y á su madre.

—Vengo á despedirme de vosotras, les dijo.

—A despedirte? exclamó la joven consternada.

—A dónde vas? preguntó la madre.

—No quiero vivir mas en el pueblo. He determinado fijar mi residencia en Madrid.

Después de un momento de silencio, Mario estrechó una mano á la madre, otra á Regina, y se dirigió hácia la puerta de la casa. La joven le acompañó, y ya casi en la calle, le dijo:

—Mario, no partas; qué vas á hacer en Madrid? allí nadie te querrá!

—¿Quieres que sea infeliz toda mi vida? pues aquí lo sería.

—Por Dios! no te vayas!

Las lágrimas inundaron sus bellos ojos, y Mario por fin leyó algo en aquellas miradas bañadas en llanto.

—Pobre Regina! eso es un capricho tuyo; ya verás como se desvanecerá pronto. Adios; mi partida es inevitable.

—Mario, Dios te bendiga.

Los dos jóvenes se separaron, Mario se fué á su casa y pocos instantes despues montó á caballo para ir á tomar en R., el tren que pasaba para Madrid.

Regina permaneció largo rato asomada á la verja del huerto de su casa, mirando al joven que se alejaba. Muy pronto el caballero y el caballo se convirtieron en un gran punto negro que fué disminuyendo rápidamente. Después la joven no vió más que árboles y el horizonte.

II

Mario llegó á Madrid, escribió libros, compuso dramas, fué aplaudido, celebrado, brilló en ateneos y en aristocráticos salones, pero siempre, siempre le perseguía el maldito vacío. La gloria no había bastado á llenarle.

—Es que todavía me falta mi Ella, pensaba Mario, ¿cuando la encontraré?

Una noche en que Mario fué al Teatro Real, el público se preparaba á aplaudir á una gran artista. Era Angélica Nerval, la célebre mejicana que había recorrido en poco tiempo los principales teatros de Europa y en todos alcanzado triunfos: era la joven artista á quien la naturaleza y el genio habían colmado con sus mejores dones.

Durante la ópera el público se sintió envuelto en ardiente atmósfera de entusiasmo.

Angélica estaba radiante de felicidad y de hermosura. Su voz se desprendía de su boca como una ondulación suavísima, pero inmensa, que hacía vibrar los corazones y hasta los objetos inanimados.

Mario la contemplaba embebecido, aplaudía frenéticamente y pensaba henchido de admiración:

—Qué dicha ha de sentir el que pueda esclamar: Esa mujer á quien aclama todo el mundo, es mía!

Al salir del teatro Mario estaba deslumbrado. Aquella noche no pudo conciliar el sueño.

La imagen de Angélica ocupó desde entonces el pensamiento del joven; allí estaba sola, dando pábulo á aquella fantasía soñadora, que tantas veces había vivido en lo ideal y que empezaba á inspirarse en lo real.

Mario buscó y encontró pronto un medio para entrar en relaciones con Angélica. La visitó muy á menudo, y la artista admitía con placer tales visitas.

Pero no hacía sonado aun entre los dos una palabra de amor.

Mario, convencido de que amaba á Angélica, resolvió revelárselo.

Y la luz fué hecha.

Es decir, un torrente de amor se desbordó por los dos jóvenes que se abandonaban todos los días á un nuevo poema de placer.

¡Cuánta conjugación del verbo amar! ¡cuánta palabra suave pronunciada á *fior di laboro*, como dirían los italianos! ¡cuánto beso ardiente, prolongado por cuatro lábios trémulos! ¡cuánto juramento antiguo, y que no obstante, siempre parecía nuevo!

—Te amo, te amaré siempre.

—Siempre seré tuya.

—Hemos nacido el uno para el otro.

—Desde que nacimos íbamos buscándonos por el mundo.

—Eres mi única vida etc. etc.

¡Y qué se yo cuantas cosas mas igualmente bellas y halagadoras!

En fin, fueron verdaderos y escepcionales amantes.

Mario se creía en el cielo; Angélica... estaba todavía en la tierra porque, apesar de ser mas joven tenía mucha mas experiencia que él.

Y mientras el amor sigue su curso, demos treguas al hilo del discurso.

III

Y llegó el verano.

Y Mario y Angélica decidieron ir á pasarlo en el campo, en una linda casita en donde pudiesen recrearse en la plenitud de su amor.

Y he aquí que encontraron y alquilaron la linda casita en un pueblo de las Provincias Vascongadas.

¡ Parecía un nido! Ni construída á propósito para que en ella habitaran dos amantes como Mario y Angélica.

La casa era en efecto hermosísima; blanca, coquetuela, escondida entre ramaje, rodeada de

caprichosas veredas, inundada por la luz... no dejaba, en fin, nada que desear.

Mario repetía muchas veces:

—Siendo tan felices nosotros ¿no es cierto que parece imposible que existan tantos seres infelices? ¡Cuántas agonías que no conocemos! En este mismo instante muere alguien y se olvida á alguien.

Mario y Angélica salieron á pasear por los alrededores. A un kilómetro de la casa que habitaban había un antiguo monasterio medio arruinado, entre los huecos de cuyos muros crecían guirnaldas de hiedra y manojos de rosas silvestres. ¡Ah, cómo contrastaba la decrepitud de las ruinas con la lozanía de los campos circunvecinos!

—Vamos allá, dijo Angélica á Mario. Esos sitios oscurecidos para su edad, solitarios en medio de la juventud de la naturaleza, me gustan extraordinariamente.

Angélica enlazó un brazo suyo con otro de Mario, y ambos se dirigieron al monasterio. Era, como he dicho, un sitio sombrío, un viejo panteon real. El templo, apesar de tener desmantelados y vacíos los altares, conservaba aún sus arcos y sus haces de columnas; de la bóveda pendían cortinajes de telaraña, y por las ojivas entraban los pájaros á bandadas.

Entre el coro y el altar mayor había dos grandes arcos, sobre y debajo de los cuales estaban enterrados en marmóreas sepulturas los cuerpos de antiguos magnates. La imájen del esposo estaba estendida al lado de la esposa y los dos parecían yacer en eterno lecho nupcial.

Delante de un sepulcro sobre el cual faltaban las estatuas, Angélica dijo á Mario:

—Coloquémonos aquí; tendámonos sobre el sepulcro; nosotros simularemos las imágenes.

Y juguetona, lijera, se tendió sobre el mármol, Mario se colocó á su lado, y ambos, cerraron los ojos y se estrecharon las manos, y volvieron á jurarse amor eterno.

Todas sus escenas acababan con tales juramentos.

Después sonriendo, retozando, dándose el brazo se dirigieron al claustro.

Al extremo de una galería, delante de un cabalette, un joven copiaba un trozo de las ruinas. Angélica y Mario le saludaron y el desconocido les contestó muy atentamente, con acento italiano.

Entraron inadvertidamente en animada conversación y pronto la franqueza reinó entre los tres. ¡Y como era posible que no reinase intimidad entre artistas que se encontraban en un monumento solitario y bello! Estuvieron conversando durante largo rato, y al despedirse Mario y Angélica le ofrecieron su casa.